



CAPÍTULO I



Todo comenzó en un club femenino de Londres una tarde de febrero —en un club poco acogedor y una tarde deprimente—, cuando la señora Wilkins, que había bajado desde Hampstead para ir de compras y había almorzado en él, cogió el *Times* de la mesa del salón de fumar y, al recorrer con mirada apática la sección de anuncios por palabras, vio lo siguiente:

A quienes aprecian las glicinias y el sol. Se alquila amueblado pequeño castillo medieval italiano a orillas del Mediterráneo durante el mes de abril. Personal de servicio incluido. Z., Apartado de Correos 1000, *The Times*.

Fue así como se concibió la idea, aunque, como tantas veces sucede, quien la concibió no fue consciente en el momento.

Tan inconsciente era la señora Wilkins de que acababa de quedar decidido cómo pasaría el mes de abril de ese año que soltó el periódico con gesto irritado y resignado a la vez, y, acercándose a la ventana, contempló abatida la calle empapada.

Los castillos medievales no estaban hechos para ella, ni siquiera los descritos como pequeños. Tampoco las orillas del Mediterráneo en abril, ni las glicinias y el sol. Tales placeres estaban reservados a los ricos. Aunque el anuncio se dirigía a quienes apreciaban tales cosas, por lo que, de alguna manera, también se dirigía a ella, pues desde luego que las apreciaba; más de lo que supiera nadie, más de lo que jamás hubiera expresado. Pero era pobre. Su única posesión en el mundo entero eran noventa libras, ahorradas año a año, guardadas libra a libra,

arañadas de su asignación para gastos de vestuario. Había juntado tal suma por sugerencia de su marido, como escudo y refugio por si venían malos tiempos. La asignación, sufragada por su padre, era de cien libras al año, por lo que las prendas de la señora Wilkins eran lo que su marido, exhortándola a ahorrar, llamaba «modestas y decorosas», y lo que sus amistades, cuando hablaban de ella, cosa poco frecuente porque era de lo más insignificante, calificaban de «un auténtico adefesio».

El señor Wilkins, abogado, alentaba el ahorro salvo en lo tocante a su alimentación. Ahí no lo consideraba ahorro, sino mala administración doméstica. Pero para el ahorro que, como la polilla, penetraba en la ropa de la señora Wilkins y se la estropeaba, no tenía más que elogios. «Nunca se sabe», decía, «cuándo vendrán malos tiempos y puede que entonces te alegres mucho de tener un fondo. Puede que, de hecho, nos alegremos los dos».

Después de quedarse un rato contemplando con tristeza Shaftesbury Avenue por la ventana del club —el suyo era un club económico, pero quedaba a mano de Hampstead, donde vivía, y de Shoolbred's, donde iba a comprar—, la señora Wilkins, cuya mente ya veía el Mediterráneo en abril, y las glicinias, y las envidiables oportunidades de los ricos, y cuyos ojos solo veían la horrorosa lluvia impregnada de hollín que no paraba de caer sobre los presurosos paraguas y los ómnibus chapoteantes, de pronto se preguntó si ese mal tiempo no serían los malos tiempos a los que Mellersh —que así se llamaba el señor Wilkins— se refería cuando tan a menudo la animaba a prepararse, y si escapar de él y refugiarse en un pequeño castillo medieval no sería lo que la Providencia siempre había pretendido que hiciera con sus ahorros. Con parte de ellos, claro; acaso una parte pequeña. El castillo, al ser medieval, bien podría estar hecho una ruina, y un castillo ruinoso tenía que ser barato por fuerza. No le importaría lo más mínimo que así fuera, porque una no pagaba por la ruina ya existente; al contrario, el precio bajaría tanto que sería como si en realidad le pagaran a ella. Pero bueno, era una tontería seguir dándole vueltas...

Dio la espalda a la ventana con el mismo gesto mezcla de irritación y resignación con que había dejado el *Times* y cruzó el salón camino de la puerta con la intención de tomar el impermeable y el paraguas, abrirse paso a codazos en uno de los atestados ómnibus, pasar por Shoolbred's de vuelta a casa y comprarle unos lenguados para cenar a Mellersh —que era quisquilloso con el pescado y a quien, quitando el salmón, solo le gustaba el lenguado— cuando vio a la señora Arbuthnot, una mujer que conocía de vista porque también vivía en Hampstead y pertenecía al club, sentada a la mesa en mitad del salón en la que se dejaban los periódicos y revistas, enfrascada ella también en la primera página del *Times*.

La señora Wilkins nunca había hablado con la señora Arbuthnot, quien pertenecía a uno de los diversos comités parroquiales y analizaba, clasificaba, dividía y registraba a los pobres, en tanto que Mellersh y ella, cuando salían, iban a las fiestas de los pintores impresionistas que abundaban en el barrio. Mellersh tenía una hermana, casada con uno de ellos, que vivía en lo alto de Hampstead Heath y, por causa de esta alianza, la señora Wilkins se veía arrastrada a un círculo que le resultaba muy poco natural, así que había terminado por temer la pintura. Se veía obligada a opinar sobre los cuadros y no sabía qué decir. Solía murmurar: «Maravilloso», pero se daba cuenta de que no era suficiente. Aunque tampoco es que le importara a nadie. Nadie la escuchaba. Nadie se fijaba en ella. La señora Wilkins era el tipo de persona que pasa inadvertida en las reuniones sociales. Su ropa, infestada de ahorro, la volvía prácticamente invisible; su cara no llamaba la atención, evitaba las conversaciones, era tímida. Y, cuando la ropa, la cara y la conversación son insignificantes, pensaba la señora Wilkins, consciente de sus carencias, ¿qué le queda a una que aportar en sociedad?

Además, siempre estaba con el señor Wilkins, ese hombre apuesto y bien afeitado que con solo presentarse en una fiesta ya le daba cierto lustre. Wilkins era muy respetable. Se sabía que sus superiores lo tenían en alta estima. El círculo de su hermana lo admiraba. Emitía juicios

adecuados e inteligentes tanto sobre arte como sobre los artistas. Sabía expresarse, era prudente, nunca pronunciaba una palabra de más ni, por el contrario, una palabra de menos. Daba la impresión de guardar una copia de todo lo que decía y resultaba tan obvio que era de fiar que, a menudo, quienes lo conocían en las fiestas empezaban a sentirse descontentos con sus abogados y, tras un periodo de indecisión, se deshacían de ellos para acudir a él.

Como es natural, la señora Wilkins se sentía excluida. «Debería quedarse en casa», decía su cuñada con cierto tono sumario, deliberado y categórico en la voz. Pero Wilkins no podía dejar a su esposa en casa. Era abogado de familia y todos sus colegas tenían esposas que lucir. Con la suya iba entre semana a los saraos y los domingos a la iglesia. Como aún era relativamente joven —tenía treinta y nueve años— y ambicionaba ganarse a damas de edad avanzada, cuyo número aún no era suficiente entre su clientela, no podía permitirse faltar a la iglesia, y era de allí de donde la señora Wilkins conocía, aunque todavía no de palabra, a la señora Arbuthnot.

La veía dirigiendo a los hijos de los pobres hasta los bancos. Entraba encabezando la procesión de la escuela dominical cinco minutos exactos antes que el coro, acomodaba a sus niños y niñas en los asientos asignados y les hacía hincar sus pequeñas rodillas durante la oración preliminar y levantarse de nuevo en cuanto, con el *crescendo* del órgano, se abría la puerta de la sacristía y emergían coro y clero, henchidos por las letanías y mandamientos que estaban a punto de predicar. La señora Arbuthnot tenía el semblante triste, pero estaba claro que era eficiente. La combinación desconcertaba a la señora Wilkins, pues Mellersh le había dicho más de una vez, los días en que solo le conseguía platija, que quien era eficiente no se deprimía y quien hacía bien su trabajo se volvía automáticamente enérgico y animoso.

La señora Arbuthnot no tenía nada de enérgica ni de animosa, aunque sí había mucho de automático en su trato con los niños de la escuela dominical; no obstante, cuando la señora Wilkins la descubrió

tras dar la espalda a la ventana no le pareció que se moviera de forma automática, sino que miraba con fijeza una parte de la primera página del *Times* con el periódico inmóvil y los ojos clavados. Ni siquiera parpadeaba y su rostro, como de costumbre, era el de una virgen paciente y decepcionada.

Obedeciendo a un impulso que la sorprendió incluso mientras lo hacía, la tímida y reticente señora Wilkins, en lugar de encaminarse, como había sido su intención, al guardarropa y, de allí, marcharse a Shoolbred's a comprarle su pescado a Mellersh, se detuvo junto a la mesa y se sentó justo enfrente de la señora Arbuthnot, con quien no había llegado a hablar en la vida.

Era una de esas mesas largas y estrechas, de refectorio, por lo que quedaron bastante cerca la una de la otra.

La señora Arbuthnot, no obstante, no levantó la vista. Siguió contemplando, con ojos que parecían soñar, un punto exacto del *Times*.

La señora Wilkins la observó durante un minuto en tanto que se armaba de valor para hablarle. Quería preguntarle si había visto el anuncio. No sabía por qué quería preguntárselo, pero así era. Qué estupidez no ser capaz de hablarle con lo amable que parecía. Y lo infeliz. ¿Por qué dos personas infelices no iban a poder refrescarse mutuamente en este reseco camino de la vida con un poco de conversación, de conversación real, natural, sobre lo que sentían, lo que les habría gustado y lo que todavía esperaban hacer? No podía evitar pensar que la señora Arbuthnot estaría leyendo el mismo anuncio. Tenía la vista clavada en el mismo punto del periódico. ¿También ella estaría imaginando cómo sería: el color, la fragancia, la luz, el suave rumor del mar al lamer las pequeñas rocas calientes? Color, fragancia, luz y mar en lugar de Shaftesbury Avenue y los ómnibus mojados y la sección de pescadería de Shoolbred's y el metro a Hampstead y la cena y al día siguiente igual y al otro igual y todo siempre igual.

De pronto, la señora Wilkins sintió cómo se inclinaba por encima de la mesa.

—¿Está usted leyendo lo del castillo medieval y las glicinias? —se oyó preguntar.

Como es lógico, la señora Arbuthnot se llevó una sorpresa, aunque no tanta como la propia señora Wilkins por haberle preguntado.

Hasta donde ella recordaba, la señora Arbuthnot nunca había visto la figura desaliñada, desgarrada y descuidada que se sentaba frente a ella, con su pequeño rostro pecoso y sus grandes ojos grises casi ocultos bajo un sombrero chafado por la humedad ambiente, y la contempló un instante sin responder. Sí, estaba leyendo sobre el castillo medieval y las glicinias, o más bien lo estaba leyendo diez minutos antes porque, desde entonces, estaba soñando despierta... con la luz, el color, la fragancia, el suave rumor del mar al lamer pequeñas rocas calientes...

—¿Por qué me lo pregunta? —respondió con gravedad, pues su experiencia con y por los pobres la había vuelto grave y paciente.

La señora Wilkins se sonrojó y su expresión se tornó tímida y asustadiza en extremo.

—Ay, es solo que yo también lo he visto y he pensado que quizá... He creído que tal vez... —se aturulló.

Ante lo cual, la señora Arbuthnot, cuya mente estaba habituada a colocar a la gente en listas y apartados, miró pensativa a la señora Wilkins y se preguntó bajo qué epígrafe, suponiendo que tuviera que clasificarla, encajaría mejor.

—Y la conozco de vista —prosiguió la señora Wilkins, quien, como todas las personas tímidas, una vez que se había lanzado ya no podía parar, hablando cada vez más por miedo a que el simple sonido de lo que acababa de decir resonara en sus oídos—. Todos los domingos... La veo todos los domingos en la iglesia.

—¿En la iglesia? —repitió la señora Arbuthnot.

—Y parece una cosa maravillosa... El anuncio este de las glicinias... Y... —La señora Wilkins, que debía de tener como mínimo treinta años, se interrumpió y se removió en el asiento como si fuera una colegiala incómoda y abochornada—. Es que de verdad parece tan maravi-

lloso... —prosiguió con una especie de explosión verbal— y aquí hace un día tan triste...

Entonces se quedó inmóvil en el asiento, mirando a la señora Arbuthnot con los ojos de un perro enjaulado.

«Esta pobrecita», pensó la señora Arbuthnot, quien dedicaba su vida a ayudar y aliviar a los demás, «necesita consejo».

Así pues, se preparó pacientemente para impartirlo.

—Si me ha visto usted en la iglesia —respondió amable y atenta—, supongo que también vivirá en Hampstead, ¿verdad?

—Ay, sí —dijo la señora Wilkins. Y luego, doblando un poco su largo y esbelto cuello, como si el recuerdo de Hampstead le hiciera agachar la cabeza, repitió—: Ay, sí.

—¿Dónde? —le preguntó la señora Arbuthnot, quien, a la hora de impartir consejos, como es natural, lo primero que hacía era recabar datos.

Pero la señora Wilkins posó la mano con la suavidad de una caricia sobre la sección del *Times* donde aparecía el anuncio, como si las meras palabras impresas fueran preciosas, y dijo tan solo:

—Tal vez por eso el anuncio le parezca maravilloso.

—No, creo que lo es de por sí —dijo la señora Arbuthnot antes de, olvidándose de los datos, exhalar un leve suspiro.

—O sea que ¿estaba leyéndolo?

—Sí —respondió la señora Arbuthnot, con ojos otra vez soñadores.

—¿Y no sería maravilloso? —murmuró la señora Wilkins.

—Sí —dijo la señora Arbuthnot. Su rostro, que se había iluminado, volvió a apagarse con expresión paciente—. Realmente maravilloso, pero de nada sirve perder el tiempo en pensar en cosas así.

—Uy, pero claro que sirve —fue la respuesta inmediata y sorprendente de la señora Wilkins; sorprendente porque no le pegaba nada, con su chaqueta y su falda anodinas, su sombrero arrugado y un mechón de pelo indeciso asomando despistado—. Y el solo hecho de planteárselo ya merece la pena; qué cambio con respecto a Hamp-

stead... A veces creo, pero de verdad, que, si una se plantea las cosas en serio, puede llevarlas a cabo.

La señora Arbuthnot la observó con paciencia. ¿En qué categoría, de tener que hacerlo, pondría a esa mujer?

—Tal vez —dijo, echándose un poco hacia delante— no le importe decirme su nombre. Si vamos a ser amigas... —esbozó su sonrisa grave— como espero que seamos, deberíamos empezar por el principio.

—Ay, sí, qué amable por su parte. Soy la señora Wilkins —dijo—. Supongo que eso no le dirá nada —añadió ruborizada al ver que la señora Arbuthnot no respondía—. A veces... a veces tampoco parece decirme nada a mí. Pero... —miró a su alrededor como buscando auxilio— soy la señora Wilkins, sí.